

desconocidas. Es digno de notarse que por la tarde la señora le pareció la figura principal del cuadro, mientras que por la noche la imagen de la señorita se destacaba más en sus recuerdos, y la dama y la niña no servían más que para realzarla. No le parecía difícil definir las relaciones de parentesco que las unían: la señora era sin duda la madre de la joven y la niña.

Al día siguiente se levantó muy tarde, y lleno de contrariedad y despecho. ¿Cómo encontrarlas? ¿Cómo dar con su perdida huella? ¿Cómo averiguar su paradero en una ciudad tan populosa? Esperaba con ansia que dieran las cinco de la tarde para dirigirse al Zócalo, á ver si acaso las volvía á encontrar; mas aun esta esperanza le salió fallida, pues por más que buscó por todos los sitios de la gran plaza, no pudo dar con las incógnitas.

Pasaron varios días de la mayor incertidumbre. Pacotillas iba al Zócalo, pero en vano. Por fin á los ocho días, cuando ya desesperaba de volver á encontrarlas, llegando hasta á dudar de sí mismo y á creer que las personas que con tanto ahinco buscaba, no habían sido más que visiones de su fantasía, tuvo la inesperada satisfacción de volver á hallarlas. Como la primera vez vestían de negro, pero en ésta paseaban, y la pequeñita jugueteaba y corría, apartándose bastante á veces de su hermana y mamá. En uno de los encuentros sucedió que, habiéndose quedado la chiquilla muy atrás, Pacotillas no pudo contenerse, y cogiéndola en brazos y haciéndole mil caricias, le dijo:

— Dime, *chulita*, ¿cómo se llama tu hermanita?

— *Amala*, — contestó la niña con su encantadora media lengua, y escapándose de Paco, echó á correr.

Aquellas tres sílabas encantaron al joven; le pareció que la niña, con su vocecita de ángel, le había dicho *ámala*, mandándole así amar á aquella Amalia bella, orden que él por su parte cumpliría con gusto. Nuestro héroe, tan desgraciado como la vez primera, volvió á perderlas de vista; pero le quedaba un consuelo: ya sabía el nombre de la joven, ya no era una desconocida.

Su ansiedad duró esta ocasión cerca de un mes, que á él le pareció un siglo; por todas partes las buscaba, sin encontrarlas en ninguna. Maldecía su torpeza y cortedad de genio, que no le permitieron seguirlas la última vez que las vió; aquel muchacho no era fuerte, ni mucho menos, en esto de hacer el oso; nunca había tenido novia, nunca se le había ocurrido seguir á una mujer.

Por último, la casualidad hizo por él lo que jamás hubiera hecho él mismo. Pacotillas seguía viviendo con Patillitas, y habiéndoles disgustado el cuarto que ocupaban, hallaron uno que les convino en la calle de Celaya. ¡Oh destino feliz! justamente en la misma casa ocupaba una vivienda la familia que hacía ya tiempo era el tema de los devaneos del joven.

CAPÍTULO VI

Todavía más antecedentes

La familia Gómez estaba dotada de las más raras virtudes, y era merecedora del más acendrado afecto.

Cuando nuestros lectores la encuentran instalada en la calle de Celaya, había comenzado una era de desventuras para la familia. Hacía tres meses había fallecido su jefe, el señor coronel Gómez, militar pundonoroso, que vivía con desahogo, proporcionando á los suyos mucha comodidad. Murió de pulmonía, y está por demás decir que la viuda y las huérfanas quedaron sumergidas, no sólo en el dolor, sino en la miseria. Doña Isabel, que éste era el nombre de la viuda, afrontó con el mayor heroísmo la situación estrecha que se le presentaba, vendió sus alhajas, su mobiliario, sus vestidos de lujo y los de su hija, y las dos se resignaron á vivir de su trabajo y con la mayor economía.

Comenzaron por dejar la amplia y cómoda casa que ocupaban en vida del coronel, y se redujeron á una vivienda estrecha. Con lo que reunieron de la venta de sus prendas compraron dos máquinas de coser, un ajuar modestísimo, compuesto de lo más indispensable, y que se pudo encontrar más barato. Las buenas relaciones de la señora le proporcionaron costuras, y así tuvo, por lo pronto, aquella familia virtuosa, un modo digno de alcanzar su corto sustento; pero eso sí, á costa de un trabajo de negros, pues todo el día y parte de la noche estaban la madre y la hija clavadas en sus respectivas máquinas, menos el tiempo que destinaban á las tareas domésticas, pues no tenían criada.

Fué preciso que transcurrieran tres días para que Pacotillas, que, sin imaginárselo siquiera, era ya vecino de las desconocidas, se enterara de su buena suerte. El joven era poco curioso, y las vecinas muy recogidas

y metidas en casa; además, como aquél no creía tenerlas tan cerca, se pasaba la mayor parte del tiempo vagando por distintos rumbos, siempre con la esperanza de llegar á encontrarlas.

Y no fué él, sino Patillitas, quien descubrió el tesoro escondido. Un día que, muy acicalado, cepillado y compuesto, bajaba la escalera con aire de conquistador, se encontró de manos á boca con las vecinas, que subían. Patillitas al ver á la hermosa Amalia quedó deslumbrado, adornó su boca vulgar con la sonrisa más seductora que tuvo, dió á su mirada sin expresión el mayor fuego posible, y como la escalera era estrecha, cedió el paso, haciendo con dificultad una cortesía exageradísima; las vecinas apenas se fijaron en él, saludándole ligeramente al pasar.

Al mediodía se encontró con Pacotillas en la fonda en que ambos comían, y exclamó al verle:

— ¡Ah! bobalicón, papamoscas, soñador, sonámbulo, tienes ojos y no ves.

— ¿Por qué, hombre? — contestó Pacotillas con tono displicente.

— Porque tenemos una vecina lindísima, y tú ni te lo imaginas; esta mañana al salir la encontré en la escalera. Figúrate ¡qué mortificación! como yo no estaba preparado para tal encuentro, no me había puesto la levita nueva, aquella que llevé al día de campo á *Santanita*; sino que fui á salir con este *faquet*, que me hace tan mal cuerpo. ¡Oh! pero qué vecina tan *chula*, si vieras, es preciosa de veras. Iba con una señora que ha de ser su mamá, y también muy bella, ¡vaya! aunque

con un género de belleza austero y majestuoso, como dirías tú; y si vieras: me parece que la vecinita se fijó en mí y me dirigió una mirada muy significativa. Yo la emprendo, ya verás, ya verás cómo me corresponde.

—¿Y á mí qué me importa eso, hombre?— contestó Pacotillas con mayor displicencia.

—¡Jesús! Cada día se te pone peor el genio. Siempre has sido intratable, pero nunca como de un mes á esta parte; á tí te pasa algo, á ver, ¿qué es?

—Nada, rarezas mías.

Pacotillas, reservado y discreto hasta lo sumo, nunca había hablado á su amigo de su encuentro con las desconocidas. Aunque le quería como á un hermano, desconfiaba del carácter ligero de Patillitas, y temía que con bromas de mal gusto y dichos chavacanos profanase éste lo que para el corazón de Paco era un verdadero culto. Patillitas, por su parte, se figuraba todo, menos que su amigo hubiera sido impresionado por alguna mujer; le había visto siempre tan serio y tan indiferente con el bello sexo que le había declarado incapaz de enamorarse.

Aquella tarde se obstinó Patillitas en que su amigo se quedara con él en el cuarto en acecho de la hermosa vecina, para que viera, decía, qué buen buzo era. No, si lo que es para encontrar muchachas bonitas, no había suerte como la suya. Aunque de mala gana, Pacotillas convino en ello, tanto por complacer á su amigo, de quien le habían apartado sus correrías, como por fastidio y deseo de descanso.

—Al cabo,—se dijo,—por más que ande no he de dar

con ella,—y, tomando el brazo de su amigo, se encaminaron al domicilio común. El cuarto de los estudiantes estaba al terminar la escalera, y quedaba enfrente de la vivienda de las Gómez. La casa era chica, fuera de la mencionada no había más que la vivienda principal con balcones á la calle; en esta habitación vivían un sacerdote y su ama de gobierno, la habitación de la familia Gómez y el cuarto de los estudiantes eran interiores.

Nuestros amigos se instalaron, resuelto Patillitas á no dejar el puesto hasta ver á la hermosa vecina y mostrársela á Pacotillas; éste, completamente indiferente al acecho de su amigo, se tendió perezosamente en la cama, en tanto que Patillitas entornó la puerta del cuarto de modo que pudiera ver la vivienda de enfrente, puso una silla en lugar conveniente, y, sentándose en ella después de coger un libro, fingió que estudiaba.

Pasaron más de dos horas, la vivienda de la familia Gómez seguía obstinadamente cerrada, parecía que nadie vivía allí. Es de advertir que Patillitas no se puso á espiar sin componerse las barbas y el cabello, sin arreglarse esmeradamente la corbata, y sin ensayar delante del espejo posturas interesantes y miradas tiernas.

—¡Demonio!—exclamó, después de dos horas de inútil atisbar,— ¡qué encerradas son! ¿Qué diablos harán tan metidas? ¡Cómo no se ahogan! Ni siquiera entreabren la puerta, ni que tuvieran dentro una galería de pinturas, un cosmorama ó cualquiera otra cosa que las divirtiera mucho. Y tú, echado ahí, ¡qué hombre tan perezoso! Ven á atisbar un rato, á ver si tienes más suerte que yo.

—No,—dijo Pacotillas con profundo fastidio,—bastante hago con estar acompañándote.

Más de media hora después, cuando ya empezaba á oscurecer, se abrió por fin la puerta que tan obstinadamente cerrada había estado, y la madre y la hija salieron al corredor, y se apoyaron en la barandilla la una al lado de la otra.

—Ven á verla,—exclamó Patillitas con aire de triunfo,—mira qué bonita es, mírala, ya está allí.

Fué tan entusiasta la exclamación de Patillitas que picó la curiosidad de su compañero, el cual, venciendo su indolencia, se acercó lentamente á la entornada puerta. ¿Cuál no sería su sorpresa al ver tan inesperada, tan repentinamente y tan cerca de él, á la que había buscado inútilmente tanto tiempo? Toda su indiferencia se disipó, como por encanto, y exclamó sin poder contenerse:

—¡Pues si es ella!...

—¡Cómo! —dijo Patillitas sorprendido,—¿quién es ella?

—¡Amalia!—contestó Paco.

—¡Ah bribón! ¿Conque la conocías y te lo tenías tan callado? Fiese usted de los señores graves, taciturnos y misántropos; con razón dicen: «Del agua mansa nos libre Dios...»

Instado por su amigo se vió Pacotillas precisado á comunicarle. ¿Qué? Una simpleza, un devaneo, un delirio, nada, en fin, que la había visto en el zócalo dos veces, que le había parecido muy linda, que sabía su nombre por su hermanita, y que sentía una necesidad imperiosa de verla á todas horas, de verla siempre.

Patillitas juzgó de muy mal agüero estos síntomas, indicio cierto de que su amigo estaba enamorado; á él nunca le había pasado semejante cosa: le gustaban todas las muchachas, particularmente las bonitas, le lisonjeaba que le correspondiesen, pero nunca empeñaba su corazón; del amor le gustaba la charla, la broma, la boruca, por decirlo así; mas el sentimiento no lo conocía, y lo abominaba sin conocerlo; eso de tener inquietudes, recelos, zozobras, contrariedades, era la manera más cierta de hacerse la vida pesada. El era muy práctico: le gustaba tener novia, para tener en los bailes compañera abonada, para tener derecho á sonrisas halagüeñas, apretones de manos y otras condescendencias sabrosas.

Pacotillas contestó que todo eso le parecía á él una fruslería insignificante y sosa, que él había soñado toda la vida con el amor verdadero y grande, pareciéndole que por muchas desventuras que produjera, mayores dichas proporcionaba; que no podía asegurar si estaba enamorado de su vecina, aunque sí le admiraba el afán que tenía por verla y el placer que sentía al mirarla, emociones que jamás había experimentado por ninguna otra.

Patillitas le replicó que verdaderamente le tenía compasión, pues no siendo práctico, como el que hablaba, en asuntos amorosos, vistiendo con tanto descuido, y siendo tan raro de genio, la muchacha nunca le haría caso; que otra cosa sería si Patillitas acometiera la empresa, y si no, que le dejara hacer la prueba, para que viera prácticamente cómo se enamora á una muchacha.

Díjole Pacotillas que hiciera lo que quisiese, que él por su parte no trataba de hacerla su novia, ni de conquis-

tarla; que le bastaba con adorarla en lo íntimo de su alma, y que con verla siquiera un segundo todos los días tendría bastante dicha.

—¡Romántico ridículo! — exclamó Patillitas. — Voy á hacer uso de la licencia que me das, y si en ocho días no logro que me corresponda esa chica, me cortas la cabeza.

—Mejor te cortaré las barbas,—dijo Pacotillas,—eso será menos sangriento y te dolerá más.

Mientras los dos amigos sostenían esta conversación acabó de oscurecer, y la madre y la hija, que habían conversado cariñosamente en el estrecho corredor, acompañadas de la chiquilla que salió á jugar un rato, volvieron á encerrarse en su habitación.

Desde el día siguiente, Patillitas se esmeró en hacerse agradable á Amalia y á su mamá; apenas salían, entraban ó siquiera se asomaban al corredor, el intrépido joven se esforzaba en llamarles la atención; las saludaba con grande y afectada cortesía, dirigía á la joven miradas, que él tenía por incendiarias, le sonreía, recitaba versos ó cantaba menos que medianamente. Pacotillas, por el contrario, siempre estaba circunspecto, siempre melancólico, siempre procuraba eclipsarse, y apenas se atrevía á dirigir á la joven una que otra mirada tímida.

¿Se había fijado Amalia en sus vecinos? Imposible que no hubiese advertido las notables demostraciones de Patillitas, pero, por más que se empeñó el presuntuoso muchacho, no logró despertar en ella el menor interés. La joven le tuvo desde luego por un mozo casquivano, á quien era preciso mantener á respetuosa distancia; Paco-

tillas le pareció más simpático, por su conducta reservada y por la tristeza que advertía en él.

Pasaron los ocho días sin que Patillitas hubiera logrado, no digo conquistar á la vecina, ni siquiera que ésta le hiciese el menor caso; lo cual puso á Pacotillas del mejor humor, haciendo crecer hasta lo sumo la admiración que sentía por aquella niña.

—No es coqueta,—se dijo,—no es vulgar, con razón la adoro.

Bromeó á Patillitas con cierta crueldad, amenazándole con despojarle de aquella prenda del rostro que en tanta estima tenía éste, y el desdeñado pretendiente tomó el partido de todos los presuntuosos que están en ese caso.

—No vale la pena tu deidad,—decía,—es una melindrosa, mosquita muerta, uñas escondidas; te la cedo, no me gusta ese género; además, examinándola bien, no es tan bonita: fijate, verás qué fea boca tiene, qué cara tan larga; y es tan fría, tan sin gracia, sin simpatía. No, no me conviene, á mí me gustan las mujeres saladas, garbosas, de *chic*.

Desde aquel día, renunciando Patillitas á su malograda conquista, volvió á su vieja vida de calaverón. Pacotillas se quedaba solo en el cuarto la mayor parte del día; sentíase muy feliz estando tan cerca de su Amalia, respirando el mismo aire que ella, y viviendo, por decirlo así, bajo el mismo techo. Creía haber llegado á la cúspide de la ventura cuando la veía siquiera un momento, aunque ella ni le viese.

Para dar pábulo á su activa imaginación, ya que se había condenado á encierro tan voluntario como grato

para él, comenzó á dedicarse con ahinco al estudio de la Anatomía; por primera vez, desde la muerte de su padre y su aislamiento en el mundo, sentía henchido el corazón de un sentimiento grande y noble; iba con puntualidad á clase, y cuando á los tres meses de aquella vida llegaron los exámenes, no sólo pudo presentarse sino que mereció una calificación honrosa. Entonces se creyó muy feliz, le pareció que era digno de Amalia, é hizo el firme propósito de estudiar con tesón, acabar su carrera, y pedir la mano de aquella muchacha, que le parecía cada día más bella, más interesante y más buena.

En tan largo tiempo no se había atrevido á hacer á la joven la más ligera demostración de cariño. Doña Isabel estaba encantada con aquel vecino tan juicioso; una de las perspectivas que más la horrorizaban, en su posición de viuda aislada y pobre, era llevar á su hija, tan inocente y tan pura, á vivir en casa de vecindad, en que mozalvetes presuntuosos y necios la molestasen con importunos galanteos.

Al principio la incomodaron algo las demostraciones de Patillitas; mas como éste cejó pronto, tranquilizóse la dama, y no hubiera cambiado por ninguna otra su reducida é incómoda vivienda.

Los compañeros y amigos de Pacotillas no volvían de su asombro al ver renacer en él su antigua aplicación; el más sorprendido era Patillitas, que solía decirle:

—Eres el más raro de los hombres, el amor que pierde á los demás te salva á tí.

—El amor puro siempre salva, y es el que yo siento.

—Dí el amor bobo, pues ni siquiera te has declarado.

—Me he declarado á mí mismo que la amo, y eso basta.

—No te entiendo, debes idolatrarla mucho cuando así le consagras todo tu cariño, sin esperanza ninguna y sin ninguna garantía; conque si la criada te sale respondona, quiere decir, si Amalia no es digna del amor que le tienes, resultará que habrás sido juguete de una ilusión.

—¿Y qué?—contestaba Pacotillas,— á esa ilusión debo cuatro meses de vida casi feliz, á esa ilusión debo haber cambiado de costumbres y haber vuelto al buen camino; dame una realidad que pueda producir más ventajas.

—No te entiendo, no te entiendo, cuando la naturaleza te formó rompió el molde, si es que te formó con molde; tú vives de aire, de humo, de vaciedades; vamos á ver, señor soñador, ¿qué hace usted el día que un pretendiente menos platónico consiga el cariño de la muchacha, y por angas ó por mangas se alce con el santo y la limosna, sin decirle á usted: Con permiso?

—En tal caso bendeciré el recuerdo de Amalia, la amaré en silencio como ahora, y me parecerá tan digna, cuando viva al lado de un esposo que la merezca, como hoy que vive virtuosa y pura al lado de una madre que la idolatra.

—Y si en lugar de ser un esposo el que cargara con ella, un amante afortunado venciese sus escrúpulos, y acabaras por ver á tu monjita corriendo la tuna por la calle de en medio, ¿qué harías?

—Te prohibo que hagas suposiciones tan gratuitas como ofensivas á la mujer que adoro.

Tal era el grado de exaltación romántica y de quintesencia ideal á que había llegado el amor del estudiante,

nutrido en la soledad con la savia de una imaginación ardiente. En la época que alcanza nuestro relato, Pacotillas sabía, acerca de sus vecinas, todo lo que hemos referido. No cabe decir cuánto aumentó su cariño con los informes.

— Amalia, pensaba, es huérfana como yo lo soy, perdió á un padre cariñoso y bueno, como yo perdí al mío. Nació, como yo, entre halagos y comodidades, y en medio de la abundancia, y en hora aciaga se encontró en la miseria. Amalia pasó una niñez venturosa como la mía, y entra á la juventud como entré yo, con el corazón herido por un dardo cruento, y con el horizonte poblado de visiones tenebrosas. ¡Cuán semejantes son nuestros destinos!

Las vecinas también habían adquirido informes: sabían los nombres de los jóvenes, sabían que eran estudiantes de medicina, sabían que el barboncito, aunque ligero, presumido y divagado, era en el fondo excelente muchacho, lleno de generosidad y buenos sentimientos; sabían que el otro era de una inteligencia no común, muy estudioso, muy aprovechado y veían que era de costumbres arregladas, que no salía á la calle como no fuera para asistir al hospital, á sus cátedras, ó á la fonda á tomar sus alimentos; cuando estaba en casa le veían siempre estudiando, con un tesón sólo comparable al de ellas en la costura.

Amalia, sin saber cómo ni por qué, se interesaba mucho por su vecino, estaba muy al tanto de la distribución de su tiempo; por las mañanas, cuando le oía bajar la escalera, se decía: Ya se va al hospital, dicen

que á San Pablo; ¡pobre! qué cansado llegará; ahora no vuelve hasta las once. Dicho y hecho, á las once volvía; Amalia le veía pasar algunas veces, otras oía sus pasos que ya conocía muy bien. A la una de la tarde le veía, ó le sentía salir. Ya se va á comer, pensaba, ahora no vuelve hasta las ocho, porque de comer se va á clase y después á cenar.

A veces conversaban la madre y la hija acerca de sus vecinos, y la señora celebraba la seriedad y las buenas costumbres de Francisco, lamentando que no fueran como él todos los jóvenes de hoy en día.

— ¡Ay mamá! — decía Amalia, — pero si es tan serio, y anda siempre tan distraído, y hace tan poco caso de su persona; á mí, francamente, me da lástima. Dicen que tiene mucho talento, y como estudia tanto, quién sabe si se vuelva loco.

— No lo creas, hija, puntualmente así son en su juventud los que más tarde llegan á ser notables en su carrera, ya ves al señor Lucio. Además, este joven ha sufrido grandes desgracias, perdió á su padre, quedó solo y en la miseria y ha tenido juicio para manejarse bien.

— Pues con razón está tan triste, mamasita; cuando yo me acuerdo de papá, siento tal dolor que no quisiera ni que me diera la luz, y aunque mis vestidos son muy sencillos, se me figuran de lujo para lo abatido de mi ánimo.

— ¡Pobrecita, Dios te ha de hacer feliz!

— Mientras te tenga á ti sí lo seré, ¡ay! y nuestro pobre vecino no tiene siquiera el consuelo que yo, pues

se quedó sin madre desde chiquito; ¡cuánto ha de haber sufrido!

Amalia y Francisco se comprendían sin haberse explicado, pues apenas se saludaban cuando llegaban á encontrarse, y se amaban sin habérselo comunicado. La sensible niña, en su vida de soledad, de pesar, de aislamiento, de privaciones y de trabajos, fraternizaba con aquel joven que era tan desgraciado como ella, ó más quizá, y que vivía más aislado y más solo que ella.

Hacia ya cerca de un año que eran vecinos. Francisco seguía con aprovechamiento sus cursos, dedicándose sobre todo al de Patología interna, y entre las muchas enfermedades que, con todos sus horrores, describe ese catálogo de dolencias humanas, las de la laringe y particularmente el *croup*, eran para él objeto de un estudio especial.

Así es que, aunque médico intonso y doctor en ciernes, era muy capaz, viendo á un niño que respiraba con dificultad, de decir si tenía ó no la terrible enfermedad holandesa, y de prestarle con pericia los primeros auxilios.

Una noche, á eso de las once, cuando solo en su cuarto dormía tranquilamente, pues Patillitas aun no se recogía, fué despertado por repetidos golpes dados á la puerta, y por una voz llena de angustia que le decía:

— ¡Vecino, vecino! ¡socórrame usted, por Dios, que mi hija se muere!

Aturdido Pacotillas con aquella urgente demanda de socorro, contestó: — Voy luego, señora. — Encendió luz con rapidez y empezó á vestirse con agitación febril.

Sentía una inquietud mortal, creía que la enferma era Amalia, y ¿qué iba á hacer él, estudiante de segundo año de medicina, si el caso era grave, y cómo tendría valor para ver sufrir á aquel ser tan querido? Sin embargo, era urgente acudir; él vería, y si no se encontraba capaz correría en busca de uno de sus catedráticos, que viniese á atender á tan preciosa niña.

En menos de tres minutos estuvo vestido, y dominando su agitación, abrió la puerta y dijo á la señora:

— Mándeme usted, estoy á sus órdenes.

La señora echó á andar con precipitación hacia su vivienda, diciendo á Francisco, que la seguía:

— Perdóneme usted, señor, pero mi Angelita tiene el *croup* y se ahoga.

— Vamos á verla, — contestó Pacotillas, á quien aquellas palabras quitaron de encima un peso enorme.

Llegaron, y el joven contempló un cuadro que le pareció un rinconcito del cielo. Una salita esmeradamente limpia y modestamente amueblada, después una recamarita, con dos camas en los respectivos rincones, dos máquinas de coser entre las camas, y en un testero un ropero y un tocadorcito. Todo denotaba allí aseo y buen orden: una de las camas estaba intacta, y en la otra, ligeramente deshecha, estaba sentada Amalia, vestida con una bata blanquísima, tenía en su regazo á Angelita, la juguetona niña del Zócalo, á quien debió Francisco saber el nombre de su amada.

La infeliz niña tenía echados los brazos alrededor del cuello de su hermana, la carita amoratada, los ojos hinchados, llorosos y muy inyectados, las ventanas de la